



Rosas blancas en junio

Hay un encanto en los jardines abandonados del bulevar que se asoman y se descuelga a las aceras, en las horas de la siesta se oye el raro silbido de los mirlos negros y, de anochecida el ladrido lejano de los perros que guardan los chalets.

Por la noche, los que nos sentamos en los bancos perdidos del jardín, disfrutamos del aire fresco que baja de las faldas del castillo cuando corre; o de una calma sofocante como la del desierto, cuando se escucha el murmullo de las fuentes por los senderos descuidados, entre rosas y plantas olorosas: el vuelo de los grajos, la noche clara de verano, la fiesta de las nubes transparentes, el hondo ladrido de

los perros en el abismo del mundo, en el silencio se escucha el ruidillo de un ratón haciéndose su pequeña madriguera bajo los setos tan profunda que nunca será descubierta, y así crece el misterio del que se alimenta las noches de verano de un Jaén eternamente despreocupado.

Algunas veces corto una rosa blanca del jardín. Sólo una y la regalo al primer viandante que me cruce, porque las rosas blancas, como los poemas nunca deben regalarse a docenas. Muchas veces pienso en el extraño destino de las rosas que hunde sus raíces en la tierra seca de los jardines abandonados y se nutren de los misteriosos sueños del más allá.